

RECENSIONES

OTOÑO Y MAR, por Rubén Ballesteros.

Se abre este libro con un discreto y elegante prólogo, firmado por Juan Antonio Martínez, que elude toda crítica y juicio sobre el autor presentado. Sin embargo, el prologuista es cariñoso, comprensivo y se muestra esperanzado en el porvenir poético del autor. Está bien escrito el prólogo.

En efecto, Rubén Ballesteros debe ser un muchacho. Su lírica le descubre bien pronto los pocos años. Está toda ella empapada de esa melancolía pesimista de la adolescencia. Pero ese es el mal que todos hemos padecido y que se cura con el tiempo.

Lo importante, pues, no es lo que se lee en este libro, sino lo que se adivina o presiente.

Y nos parece que hay acento y fina sensibilidad en estos versos. No siempre, claro está, sino en destellos aislados y escondidos entre la maraña de muchos versos de más. Como esas graciosas luciérnagas que destellan una lucecita suave entre las espesuras de la hierba.

¡No hables,
aspira el oro
de esta caída del sol!

.....
¿Por qué las hojas, que el otoño tira
se reparten por el aire
como legiones de ángeles llorando?

Sí. Creemos que pueden esperarse los versos de este poeta. Bastará que el autor no se muestre impaciente por el triunfo, que no crea que lo tiene todo sabido, que perseverare y estudie y acreciente el acerbo de su lenguaje así como el rigor en la expresión; que no se deje impresionar por modas e ismos y que en-

tienda, por ejemplo, que escribir los nombres propios con minúscula no entraña ninguna originalidad sino una grave falta de ortografía. Lo demás se le dará por añadidura.

El libro no tiene pie de imprenta, ni está paginado, ni existe en él ninguna otra referencia de que podamos hacer mención. Su presentación es buena y está cuidada con esmero.

LISES, por Miguel Muñoz de San Pedro,
Conde de Canilleros y de San Miguel.
Segunda edición. Madrid, 1963.

Se hizo la primera edición de este libro en la colección de los Cuadernos Alcántara, de Cáceres. En esta nueva, el autor le ha hecho a su libro el añadido de un poema y varias páginas en prosa, escritas después de la fecha de aquella primera publicación.

Miguel Muñoz de San Pedro es, fundamentalmente, historiador. Su sabiduría en esta ciencia es difícilmente superable. Es además un escritor finísimo y ameno con obra abundante y acreditada; su libro «Extremadura», editado por Espasa Calpe, ha constituido recientemente uno de los más sonoros éxitos de crítica y lectores, en el ámbito nacional y de la América hispana. Sin duda es hoy la primera firma de la región.

Pero desde su juventud, que sepamos, Miguel Muñoz de San Pedro, no había dado a la imprenta ningún otro libro de versos y ahora edita éste, acrecido con un nuevo poema y cinco capítulos en prosa, que son como otros cinco poemas menores, iguales en la temática y en el latido lírico y remembrante.

Ahora que la palabreja está de moda,

diremos que esta poesía que comentamos es, además, poesía comprometida. Miguel Muñoz de San Pedro canta su sentimiento monárquico-alfonsino con saudadoso trémolo de corro infantil, lleno de ternura y delicadezas. A nadie hiere, ofende, ni menosprecia. Su poesía no es un panfleto demagógico y folletinesco a la manera de como suelen hacer la suya esos redentoristas tartufos, que ni siquiera parecen blanqueados por afuera. No hay duda que también muchas veces la cosa no es más que «falta de te», como dicen los portugueses.

.....
 María Cristina dormita
 sobre las hispanas tierras,
 mientras florecen romances
 en lejanías de ausencias...

Bajo otros cielos se mustian
 las flores de la realeza...

Esperanzas y nostalgias
 giran a la rueda rueda:

Sol en la Plaza de Oriente
 y nadie tras las vidrieras!

Seis poemas en verso y cinco en prosa, todos evocadores de realezas pasadas, sencillos, delicados y con el nimbo de irisaciones que el recuerdo suele poner en las cosas.

Se podrá, o no, coincidir con los sentimientos del poeta pero nadie recusará su poesía.

La versificación fácil y suelta acusa la mucha maestría del autor al que, ya se ve le están de par en par abiertos todos los caminos de las letras.

El libro lleva un comentario preliminar de Francisco Montes Bravo.

EL SECRETO DE LOS ARBOLES, por Jesús Delgado Valhondo. Núm. 31 de la colección Rocamadador. Palencia, 1963.

Jesús Delgado Valhondo es el mejor poeta de Extremadura y uno de los primeros de España. Podemos asegurarlo en categórico porque le conocemos muy bien puesto que nos une a él una amistad fraterna y de muchos años. Quizá alguno piense que precisamente por ello nuestra opinión no es válida puesto que

por fuerza, tiene que brotarnos apasionada.

Es verdad que la escribimos con pasión, lo que no le quita ni una tilde de sinceridad y, aún más verdad es, que esa pasión nació de un previo conocimiento de la humanidad rica y nobilísima del poeta, que todo el mundo conoce como nosotros.

Sus versos puede leerlos cualquiera porque andan impresos de norte a sur y de oriente a occidente en libros, revistas y periódicos. A poco paladar que se tenga, ellos darán bien pronto fe de sus dulcísimos sabores y limpias fragancias. Por escasos que andemos de sensibilidad no dejará de impresionarnos, de conmovernos, el hondo latido cuasi divino de la sencilla y acabada poesía que entrañan.

Pero hemos considerado siempre y cada vez nos afirmamos más en ello, que esto con ser mucho, no lo es todo en el poeta.

Hay hombres que escriben cosas bellísimas y sin embargo tienen una humanidad despreciable. El cerebro les rige equilibrado, siempre a compás y sin fallo en la medida, pero en el corazón sólo tienen un nido de bellaquerías. Sin ningún respeto, los consideramos cualquier cosa menos poetas.

Ser poeta es mucha cosa para que podamos disculpar tanta ruindad. Lo hemos dicho alguna vez y aún lo repetiremos otras muchas: Si el poeta no es sincero y auténtico a la par, consecuente con su poesía, no es más que un farsante que aunque engañe a muchos difícilmente se engañará a sí mismo.

Pues bien, cuando Jesús Delgado canta
 ¡Qué ganas tengo, Señor,
 de echar el alma a la calle!

es porque ya la tiene afuera caridando al prójimo, casi desde que tenía uso de razón. Su mano anda siempre tendida brindando la caricia de la palabra y la obra con mucha comprensión y amor:

Eres animal en busca
 de la mano azul del alma.

A veces anda angustiado de impotencias y le brota como una oración pi-

diendo a Dios para poder dar, para poder darse:

El cielo alto y pequeño:
 Yo contra el muro apretándome.
 La sangre en el corazón
 luchando por escaparse.

Porque lo que tiene, lo poco de oro y mucho de azul que suelen tener los poetas, todo lo da sin tasa ni medida:

.....
 las cosas que nos pierden sin remedio
 en hombres que no tienen nada
 y a los que yo siempre les dejo
 la puerta abierta de mi casa.

Le preocupa la muerte, a veces casi le obsesiona. Pienso si será de impaciencia de darse también a Dios y acuciado de temores de no darse en tan buena moneda como Dios nos merece:

Se hizo mi voluntad boca de tierra.
 Me sembré, me deshice, estuve oculto
 a golpe de azadón, a lluvia y tiempo,
 a pasto que pisar en el desnudo.

Dormí la nada donde el viento es barro.
 Soñé la espera en el misterio tuyo.

Dejé sin más remedio mi abandono
 en todos los sentidos. Estaba a gusto.

Era sólo el momento de mi muerte,
 hueco y vacío, aunque yo era un truco
 Se gastan los recuerdos tan generosamente
 que se queda el ayer lejos y oscuro.

Se duerme bien, la muerte es el descanso,
 es buena vocación la de difunto.

Su poema «Sé que estás esperándome» que no es posible fraccionar porque guarda una unidad perfecta, impresiona y conmueve por la humilde sinceridad con que vuela transido. En él hay queja, dolor y gozo; manso reproche e impaciencia esperanzada; hay un hombre.

A ORILLAS DE UN RIO, por Juan Cervera - Sanchís. Colección «Alrededor de la mesa». Bilbao, 1963.

Seis poemas, que son en realidad uno sólo, y cuatro sonetos de relleno forman

el todo de este libro de versos, que firma Juan Cervera-Sanchís.

Decimos que los seis primeros poemas forman uno sólo porque así es en realidad, y aún para el bien del libro, y decimos que los sonetos son de relleno, no porque no sean buenos, que sí que lo son y aún muy buenos, sino porque quitan unidad al libro y parecen puestos allí tan sólo para completar una paginación de antemano establecida por la colección. Creemos que a Cervera-Sanchís le hubiera costado bien poco, a juzgar por la soltura, profundidad y acierto con que ha compuesto esos seis poemas, haberlos continuado con uno o más o, en todo caso, haber prescindido de esas cuatro páginas pues que con lo que tenía ya escrito llenaba con mucha densidad poética su trabajo.

Porque esos seis poemas, ya decimos que en realidad, aunque divididos como en seis capítulos, son una preciosidad ciertamente. Trascienden melancolía y resignada tristeza, es verdad, pero están rezumando dulcísimos jugos. Sangran sin violencias; son como esas lágrimas que no afloran a través de los párpados y sólo nos humedecen los ojos y nos acongojan levemente las entrañas. Vale la pena transcribir algunos versos:

Tenía que volver a ti esta tarde.
 Tenía que tenderme en estas piedras
 viejas de tus orillas
 a escuchar tu salmodía
 antigua y entrañable
 como en aquellos días, para siempre
 perdidos...

.....
 Y aquí me hallo hoy
 intentando creer
 que me has reconocido;
 que me aceptas de nuevo
 como el muchacho aquél que fui y no
 soy,

y me convidas
 otra vez a esperar venir la noche
 para contar estrellas en el fondo
 de tus aguas diáfanas y dulces
 como los grandes ojos de mi madre.

Así todo de sencillo, humilde y reiterativo. Siempre un monólogo del poeta que va vertiendo en las aguas del río la

intima confesión como una queja sin rencores, mansa y resignada. Ahora el poeta lo que se fue y sabe que no tiene posible retorno. A nadie culpa si no es así mismo, de no haber sabido gustar la belleza y felicidad de los años sencillos esos que añoramos todos los que ya los contamos muy atrás. Por eso, sin duda, cobija su libro bajo esos dos versos, también del poeta:

No hay retorno posible.
Vivir es caminar hacia adelante.

El poema de Cervera-Sanchís inventa un fondo de luz crepuscular con suavísimos tonos violeta y amaranto en un lento atardecer sobre la tierra.

Los cuatro sonetos son buenos y todos dicen casi la misma problemática del hombre; de ese hombre que preocupa al autor y tira de él pretendiendo rasgar el velo, delante del cual hay siempre una esperanza y tras el que siempre nos aguarda una nueva decepción.

Este segundo libro de Juan Cervera-Sanchís nos gusta más que el primero que comentamos en esta misma revista. Quiere decir que camina, al menos para nosotros, y que lleva el paso seguro.

ES DE NOCHE, por Marciano Sadornil.

Colección Rocamador, n.º 32. Palencia, 1963.

El título dice mucho, pero no lo dice todo. El poeta siente lo oscuro en derredor, yo diría más bien que se siente ciego en medio de una luz radiante, y se angustia por encontrar el camino que anhela su andadura y niega su ceguera. A veces desespera, a veces se resigna y siempre torna a tantear la senda con fe en la llegada; seguro de llegar.

El alma está muy triste y muy sola buscando sus propios ojos por lo imposible, lo siempre, por las luces recordadas, y nunca da con sus huellas.

Porque es de noche.

Dejadme solo.
Que quiero tener abierto

mi corazón malherido
a todos los vientos.

Dejadme solo
muriendo.

Me voy, Señor, me voy. Me voy andando
al ritmo que has marcado a mi camino.
Me voy hacia la luz de mi destino.
Me voy con la ilusión. Me voy cantando

Me voy por esta noche sollozando,
llevado por el negro torbellino
del llanto y del dolor, porque es mi sino,
Señor llegar a Tí, aunque penando,

Y ya no tornaré. Si a mi ventana
alguno se asomare a ver mi viento
al claro despertar de la mañana,
no palpará de mí más que un furtivo
andar de pasos leves, calmo y lento,
vagando por el aire pensativo.

El poeta es sacerdote y escribe en la Argentina, según nos dice Fernández Nieto en la solapa del libro, y ambas cosas se le notan, como es natural.

No lo decimos como un demérito, puesto que ello pone de manifiesto su fiel sinceridad a su vocación y circunstancia. Por otra parte hunde también la raíz en su barro español con lo que amasa y moldea un verso en buena parte original y agradable.

Trata el tema a lo romántico de nuestra época y se le advierten, sin pecado grave, las lógicas lecturas de nuestros místicos y de los de más allá del Atlántico, pero canta bien y nos place decirlo aunque sentimos a Dios de distinta manera. Otro día, también hemos sentido como él y hasta hemos desesperado, lo que él no hace. Bendito sea Dios.

Esperamos más poesía de Marciano Sadornil, que, si es poeta logrado, aún se logrará más acabado y perfecto. Porque tenemos la esperanza de verle más cerca de Dios cada día. Amén.

CAPITAL DE PROVINCIA, por José María Fernández Nieto. Colección Ababol. Madrid, 1961.

Recibimos con algún retraso este libro, lo que no es inconveniente grave aunque suponga algún inconveniente.

En otro número anterior de esta revista hicimos el comentario de otro libro del mismo autor, «La Trébede», que habíamos recibido mucho antes. Al leer ahora éste, y antes de cotejar las fechas, supusimos que «Capital de Provincia» era anterior a «La Trébede». Luego hemos visto que no.

Hacemos esta breve aclaración porque «La Trébede» nos gusta más que el otro y porque ambos están, creemos, inspirados en la misma intención y escritos con igual propósito. Hasta la medida, ritmo y verso blanco son idénticos. De este modo, se nos ocurre lógico suponer que el que consideramos más logrado fuera el posterior.

Si ello no es así, tenemos que buscar otra causa que nos aclare esta rareza. Y creemos haberla encontrado:

Fernández Nieto vive en una capital de provincia y debió pasar su infancia en un pueblo, al que sin duda ha vuelto luego de muchos años por cortas temporadas, o quizá no ha vuelto nunca. Así, Fernández Nieto tiene una visión lejana y añorante del lugar, que le facilita la poetización de cosas y personas y guarda para unas y otras esas amorosas ternuras que el recuerdo nos pone en el corazón siempre que evocamos nuestros infantiles años.

Por el contrario, vive inmerso en el ambiente y entre los personajes que pretende poetizar en su «Capital de Provincias» y los árboles no le dejan ver el bosque; o si se lo dejan ver, pero no le permiten poetizarlo.

El libro está compuesto de mano maestra. No en vano ha sido escrito por un hombre que ha latido ya mucha poesía. Hay en él una agudeza en el sentido crítico y una fina ironía sin hiel que dicen mucho de los talentos del autor y de su sana y bien labrada humanidad.

Comienza el libro con un poema, que es como un resumen de todo lo que ha de venir después, y el poeta titula «Pórtico para un jueves». Luego una galería de personajes caricaturizados. Exagerado el rasgo del defecto o la virtud, que propenden a la sonrisa, sólo a la sonrisa, irónica o triste, según los casos.

El libro es un testimonio sin alabanzas

ni censuras demasiado patentes; casi sólo un testimonio. El poeta presente, si es que no lo sabe muy claro, que el que las cosas sean así no es ni malo ni bueno sino simplemente necesario. Que en la vida unos tienen dinero, otros talento, algunos amor... Sobrecoge pensar lo que el mundo sería si estuviera compuesto de otro modo. Lo que no quita que el poeta se duela del mal y lo denuncie. Mas, si lo hace sin lastimar demasiado, con un singular y pedagógico sentido de la represión.

Sus poemas nos recuerdan a algún otro poeta que navega mucho por las mismas aguas, pero con las velas henchidas de un viento hosco y mojado de inconfesables rencores, manchado con el pecado amarillo.

Inevitablemente surge con alguna frecuencia el prosaísmo entre los versos de este libro, pero el defecto, que no lo es siempre, está muy bien compensado con innumerables relampagueos de una lírica poética fulgurante. Uno de los poemas que más adolecen de aquello es, sin embargo, el que quizá más nos conmueve por el escondido amor con que ha sido escrito y sentido.

Nos consta que José María Fernández Nieto es un gran poeta, sincerísimo y de ancha hombría de bien. No le mueve la envidia, ni el resentimiento, ni ninguna otra torpe razón. Canta ahora con amor y dolor por el hombre y su circunstancia. Antes lo hizo también así. Antes y ahora hace bien el poeta.

DEGRAUS NO CAMINHO, por Graça Cid. Cascais, Dezembro, 1961.

Quince largos poemas, casi todos en versos de arte menor, llenan las 139 páginas de este libro y todos ellos acusan la delicada femineidad de la poetisa Graça Cid y su fina sensibilidad poética.

Suaves, leves y saudadosos cantan con las dulzuras de la lengua portuguesa los íntimos sentires de esta alma de mujer transida de poesía. Ella lo dice:

Poesía:
Es minha, e eu sou tua
Pertença-te

Como jamais
A ninguém pertenci!

Es a minha carne,
Os meus nervos,
A minh'alma,
Es o meus senhor
E todo o meu amor,
Unico ben real
Nostalgia calma
Saida do meu mal!

Y sin duda son muy verdaderos estos versos y los otros que componen el libro, en los que modula amor, alegría, amargura, dolor y gozo, según las resonancias que la mueven y conmueven forzándola a cantar.

Conocemos otros libros de la misma poetisa y por eso la sabemos fiel a sí misma, tocada de la misma gracia y enriquecida cada día en la expresión y el sentimiento.

Abre este libro con una frase que dice encontrada al acaso en su «velho» cuaderno de notas: «... la vida es demasiado corta, no puede ser pequeña».

No lo es, gracias a Dios, la de Graça Cid, tan llena de fragancias y bellos sentimientos.

EXTREMADURA, por Carlos Callejo Serrano, Colección Temas Españoles, Núm. 441. Madrid, 1963.

Hace algún tiempo, la Colección «Temas Españoles» publicó un folleto dedicado a Extremadura, de triste recordación. Su autor, autora esta vez, con total desconocimiento del tema, menudeaba los errores tan a su sabor que aquello más parecía texto para la «Codorniz» que obra seria, por muy de divulgación y elemental que se pidiera.

Las autoridades académicas de la región promovieron, como era de esperar, la consiguiente protesta y, fruto de ella, fue este nuevo número de la colección cuya composición y texto se encomendaron a nuestro académico correspondiente de la Historia, Carlos Callejo Serrano.

Meter en 35 páginas de cuarto mayor la tierra, el hombre, la historia, el arte y

la transformación actual del paisaje y el agro extremeños no es cosa fácilmente hacedera. Pero Carlos Callejo sabe hacerlo todo y hacerlo bien y también ahora acertó a dar cumplido remate a su obra.

No sólo hay orden y rigor expositivo en este folleto, sino la prosa clara y amena que hace, a un tiempo, interesante y grata la lectura. También anda por entre estas páginas, muy bien salpicado, el certero sentido común y ojo crítico de Callejo, tan independiente, sincero y categórico como tiene ya de antiguo acreditado.

Un ligero fallo tiene esta publicación, que se acrecienta con diez limpias fotografías, precisamente en el pie de una de ellas; la que titula Fuente Concejo, que representa en realidad un rincón de la plazuela de Pereros. Suponemos el soponcio del autor, al que seguramente no es imputable la falta, cuando se haya dado cuenta de ella.

Subsanada esa tilde, este folleto debería ser declarado de utilidad docente en todas las escuelas de la región y aun en los centros de Enseñanza Media y similares, donde suele descuidarse más de lo que es bueno el estudio y amoroso conocimiento de nuestras cosas.

La portada de este número de la Colección Temas Españoles lleva impresa, a todo color, una preciosa fotografía del acueducto de Los Milagros, de Mérida.

José CANAL



EL CASTILLO Y PLAZA FUERTE DE ALCANTARA, por Gervasio Velo y Nieto, C. de la Real Academia de la Historia y miembro de la A. de amigos de los castillos. — Separata de Boletín de la Asociación española de amigos de los castillos. Número 42, 1963.

En este breve, pero enjundioso trabajo, el tenaz investigador de la Transierra extremeña e ilustre académico don Gervasio Velo, nos da varias interesantísimas noticias sobre las antiguas murallas de la

que fue muy fuerte plaza en la época árabe y en las que le siguieron medieval y moderna, hasta que las laboriosas luchas de la guerra de secesión de Portugal, donde tanto sufrieron las plazas fronterizas españolas de mediados del siglo XVII, la arruinaron en gran parte, aunque no tanto como para que en 1808, según parte de un manuscrito que transcribe Velo, todavía se conservara un recinto bastante grande con muchos baluartes y puertas.

La obra comienza con una breve referencia del puente y templo romano indispensable en toda obra que quiera hablar de Alcántara y en un segundo capítulo entra en un estudio de las murallas y castillo de Alcántara, de las cuales tan pocos vestigios quedan en la actualidad. Transcribe párrafos del historiador alcantarino Pedro Barrantes, otros de un curioso diario de la defensa de la plaza de Alcántara en 1664, para terminar con la noticia a que nos hemos referido del estado del circuito fuerte en el año 1808, rescatada aquélla por la Suprema Junta de Extremadura.

La obrita está ilustrada por varias fotografías y un plano que por su texto debe datar también de 1808.

Un título más a agregar a la ya larga lista de aportaciones históricas de Gervasio Velo, a quien hemos de felicitar por esto.

«EL MAR CERCANO», por José Canal. Colección Rocamador, n.º 37. Palencia, 1964.

Todos los extremeños añoran el mar, cercano en kilómetros, pero tremendamente alejado por los avatares de la geografía política. De ahí, del acertado título que, casi sin querer, José Canal ha dado a su libro, y que parece dictado por la nostalgia de esta vieja media Lusitania a quien el joven Portugal cercenó el camino del Atlántico.

Sin embargo, este título marinero es, sin perder su calidad real, eminentemente metafórico. Queda explicado esto sobradamente en uno de los poemas del interior, que se llama igual que el libro y

en el que el poeta, con cierta exagerada prisa, columbra el mar donde ha de desembocar el fecundo torrente de su vida.

Sería temerario pretender hacer una semblanza de José Canal mejor que la que, firmada nada menos que por Pedro Caba, encabeza este tomo a guisa de prólogo y bajo el título de «Silueta en palabras»: «Perfil cervantino, voz espesa y mineral, cara larga, ceño duro, visión ávida, anchurosa y palabra fuerte... lo que tiene que decir lo dice con fuerza, con claridad, con ímpetu».

A esto yo nada tendría que añadir para completar el retrato del poeta si no es subrayar su atavismo islámico, tan patente en su semblante, en su grave carácter y en su masculino vivir. Quien firma estas líneas, admirador histórico de la raza árabe, siempre ha concebido a Canal con turbante y jaique, montado en un caballo de fino y largo cuello y atalayando a lo lejos, en el «desierto lleno de luz» — la frase es suya — la música intelectual de los versos rotundos, como un almotamid en el destierro africano, Los árabes se fueron de España hace siglos, dejando aquí enterrados, aparte de algunas ollas de dirhemes de plata que poco a poco van apareciendo, briosos puntos genéticos en nuestra raza que a veces se encuentran intactos como por arte de magia, encarnados en una persona.

No es la primera vez que Canal echa al público los acordes de su guzla. Los que conocemos de antiguo sus versos, sabemos que son eso: versos sin trampa ni cartón, versos sentidos, pensados y escritos de una sola vez, con lo que traen la brava frescura de las ramas recién cogidas en el monte. De esta manera no es difícil sintonizar con el lector, empresa por el contrario de titánica dificultad hoy en día, en que se vive una tendencia literaria y artística de desenfrenado personalismo. El rapsoda que narra, que refiere ante un auditorio cómo se hizo desde que la poesía fue inventada, ha dado plaza al catedrático que delinea sus teoremas en una pizarra, para quien tenga tiempo y humor de seguirlos, que regularmente, no es nadie. José Canal no es un profesor. Es simplemente un poeta a quien «le han traído los años de su pri-

mer otoño el canto más sencillo en sus ojos de oro» como él mismo dice en uno de sus poemas, explicando de la forma más simple, que es también la más bella, su actual situación ante la vida.

Leyendo estos poemas íntimos y humanos, solo hemos de desear al poeta amigo, que el ruidoso torrente que discurre bajo la serena superficie de ese río en la fase tranquila de su curso, dé todavía muchos ecos cantarinos y fecundice mucha tierra llana antes de dar en el mar

lejano donde se funda con el autor de toda música y de toda fecundidad.

Sólo nos resta, de pasada, felicitar a ese benemérito grupo palentino que dirige José María Fernández Nieto por la ya larga y lozana vida de esta Colección poética Rocamador, que cuenta en su nómina autores de la talla de Gabriel Celaya, Rafael Millán y los extremeños Jesús Delgado Valhondo y Manuel Pacheco.

NOTICIA DE REVISTAS

CARACOLA. — Revista malagueña de poesía. N.º 132-33, Octubre - Noviembre, 1963.

Colaboran: Pedro Aguayo. Luis Araya. Braulio Arenas. Miguel Arteche. Efraín Barquero. Manuel Casanova. Modesto Collados. Humberto Díaz-Casanueva. Stella Díaz-Varín. Oscar Hahn. Vicente Huidobro. Luisa Johnson. Pedro Lastra. Enrique Lihn. Gabriela Mistral. Eliana Navarro. Pablo Neruda. Gustavo Ossorio. Nicanor Parra. Gonzalo Rojas. Pablo de Rokha. Ramón Riquelme. Federico Schopf. Rosamel del Valle. José Miguel Vicuña. Miguel Vicuña Navarro y Pedro de Oña. Cubierta de Nemesio Antúnez.

Número 134. Diciembre 1963.

Poesías y prosa de: José María Pemán. Alberto Alvarez-Ruz. P. Victor Manuel Arbeloa. Jean Aristeguieta. Constantino Benito. Silvino P. Blanco, o. s. a. Joaquín Caro Romero. Francisco Gallardo. Pedro González Suárez. Francisco Lucio. Francisco Martínez Llácer. Carlos Murciano. Armando Rojo León. Luis Romero Porras. Juan Antonio Villacañas. Manuel Walter. Juan Tejón y Rodríguez. J.-L. E. y Carolina Coronado. Cubierta de Manuel Angeles Ortiz.

Número 135. Enero 1964.

Colaboran: María Beneyto. Francisco Brines. Ricardo Defarges Ibáñez. E. L. Transít. Vicente Gaos. Juan Gil-Albert. Juan Antonio Lacomba Avellán. Juan Lacomba. María Mulet. Jacobo Muñoz. Manuel Ostos Gabella. César Simón Charo Solano. Cubierta de Virgilio.

—o—

ROCAMADOR.—Revista de poesía. Verano 1963. N.º 30.

Escriben: Matilde Lloria, Manuel Carrión, Laurentino Herrán, Augusto Fernández Quinones, Juan Van-Halén, Ro-

gelio Barufaldi, Luis Fajardo Hernández, Manuel Pacheco, Carlos Murciano, Ginés de Albareda, Jesús Delgado Valhondo, Eulalio Manuel Ostos, Salustiano Masó, Fernández Nieto, M. Carrión y J. J. Cuadros. Fichero bibliográfico.

—o—

EL MOLINO DE PAPEL. — Pliegos de poesía. Cuenca. Núm. 36. Noviembre 1963.

Poemas de Saúl Ibergoyen (uruguayo), Miguel Angel García Breza, Andrés Duro del Hoyo, Jean Aristeguieta (venezolana), Alfonso Ramos, Carlos de la Rica, Marcelino Pulla, Lázaro Santana, Mario Angel Marrodán, Luis Ricardo Furlan (argentino) Rafael Matas Pujalte y Manuel Pacheco. Portada, de Juan Alvaro del Sur.

—o—

HUMANIDADES. — Núms. 35 y 36, de Mayo-Agosto y Septiembre-Diciembre, de 1963.

«Estudio sobre la moralidad en *El Burlador de Sevilla*», por P. Joseph Munitoz, S. J. «Papeles privados y libros manuscritos del Colegio de Monterrey», por Emilio Duro Peña; «El Papa, Juan XXIII o el triunfo de lo humano», por E. Martino, S. J. Escritores desaparecidos el año pasado: Pérez de Ayala y Gómez de la Serna; Leopoldo Panero; Hermann Hesse y William Faulkner, por R. M. de Horne-do, José A. Carro Celada, Andrés Torres Queiruga y Javier del Río y Sendino. Poesías, de Antonio M. Pelayo Bombín.

«Del ateísmo a la teología en la filosofía griega», de P. Domingo Mayor, S. J.; «Dios, el hombre, y la naturaleza en la filosofía occidental desde la cima del siglo XIX», de Alberto Díaz Tejera; «Dos films de Bergman con Dios al fondo»; *Fresas salvajes y Como en un espejo*, de P. Dic-